

Pero ya debo terminar.

Cumplo gustoso con el deber de manifestar mi gratitud a la distinguida dama doña Blanca de los Ríos de Lampérez, quien con el prestigio de su talento literario y la nobleza de sus sentimientos, tan españoles y tan americanos a la vez, ha cooperado eficazmente al esplendor de este acto, que es un símbolo cuyo sentido podría resumirse en una frase, ¡qué digo!, es un símbolo que ya el autor de esta lápida se anticipó a expresarlo para siempre en su idioma de bronce: es el beso de la reconciliación que funde los matices, el beso maternal que España deposita sobre la frente inmaculada de un hijo ilustre de Colombia.

Y ahora permitidme que en representación de mi país, y después de renovar a su Majestad don Alfonso XIII y a su eminente colaborador oficial, el Excelentísimo señor marqués de Magaz, el testimonio de mi reconocimiento por haber honrado con honra tan insignie a un colombiano, haga extensivo el homenaje de mis compatriotas a la gentil y bella Soberana que, al compartir con su augusto consorte las grandezas y los deberes del Trono, ha sabido enaltecer la función regia con el tesoro de sus virtudes transparentes y con el bálsamo de su sonrisa.

He dicho.

---

## HOMENAJE DE ESPAÑA A COLOMBIA

---

Su Majestad el Rey don Alfonso XIII y el Gobierno español han dado a Colombia una prueba elocuente de la admiración sincera y fervorosa simpatía que la tienen, demostrándoselas con un acto muy elocuente en el día de la «Fiesta de la Raza», al honrar en Colombia a la América española, y en un colombiano eminente a toda la República.

El almirante Magaz, siendo presidente interino del Directorio militar, propuso al Monarca que se ordenara la colocación de una lápida en honor del sabio Caldas, en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional de Madrid....

Esta elocuente demostración de la amistad de España para con la españolísima República de Colombia, ha sido recibida allí con francas demostraciones de gratitud y de júbilo. A los acertados conceptos de la «Exposición de motivos», poco puede agregarse. Apenas nos limitaremos a recordar brevemente quién fue Caldas y a señalar algunos de sus principales trabajos científicos.

Caldas vio la luz cerca de Popayán, hacia el año de 1770, y principió sus estudios en el seminario de esa ciudad, con una aplicación tan extraordinaria, que, ensimismado en los problemas matemáticos, le sorprendía el alba; sus padres, preocupados por su salud, le prohibían las constantes vigiliass, y la solicitud materna lo privaba de luz para obligarlo al descanso a la hora ordinaria; pero el estudiante burlaba la vigilancia, fingía dormir y, avanzada la noche, se procuraba luz para continuar su labor. Completó su educación en el Colegio del Rosario, de Bogotá, y coronó en 1788, sólo por dar gusto a su familia, la carrera de jurisprudencia; pero su genio lo llevaba a cultivar preferentemente las matemáticas y la astronomía, y es de presumirse que en la capital recibiera las enseñanzas de Mutis en historia natural (1). Caldas era de complexión robusta, de estatura mediana, color moreno, rostro alargado, frente espaciosa, ojos negros y melancólicos y pelo negro y lacio que caía sobre la frente. Vestía por lo regular una levita de paño oscuro que abrochaba y desabrochaba

---

(1) Henao y Arrubla: «Historia de Colombia»; 1920.

sin cesar, cambiando de solapa, de manera que duraban muy poco los botones; y no dejaba de la mano un bastoncillo flexible, ni de la boca un pedacito de tabaco fino torcido (1).

Los libros científicos eran escasos y rudimentarios en las colonias españolas y sólo podían arrojar tenues fulgores en la mente de Caldas. Pero ésta era demasiado sensible para no percibir aquel ligero efluvio y el genio adormecido despertó. El genio que ve distintamente el tejido en que se enlazan las leyes que rigen la materia para formar el aparente enmarañe que presentan los fenómenos naturales; el genio que lee el misterioso idioma escrito en los geroglíficos de los hechos y sabe traducirlo al lenguaje de la ciencia, a ese lenguaje preciso y universal, que, como dice Fourier, es el más sencillo y el más rico a la vez, tan rico como la naturaleza misma, de cuya interpretación ha nacido, y que no tiene signos para expresar relaciones confusas (2).

Infatigable en el trabajo, Caldas fabricó personalmente muchos de los instrumentos de que se servía; fijó la posición de varias poblaciones de Colombia; colectó un rico herbario de las plantas equinocciales; hizo su descripción y clasificación botánica y descubrió géneros nuevos. Determinó la posición del Observatorio y su altura sobre el mar, con la aproximación que le permitía el escaso instrumental de que dispuso. Hizo estudios y observaciones sobre la refracción atmosférica; practicó importantes observaciones astronómicas y meteorológicas y dotó a la física de un precioso barómetro portátil.

El mismo Caldas, hablando de su ingreso a la famosa «Expedición Botánica» que creó el arzobispo-vi-

(1) Lino de Pombo «Memoria histórica»; 1852.

(2) Julio Garavito; «Discurso en honor de Caldas»; 1910.

rrey Caballero y Góngora y dirigió José Celestino Mutis, ese «Patriarca de los Botánicos,» como lo llamó Humboldt, «cuyo nombre resistirá el paso de las edades,» según Linneo, dice así: «El resumen de mis trabajos (de 1802 a 1805), se reduce a un herbario respetable de cinco a seis mil esqueletos disecados en medio de las angustias y de la velocidad del viaje; dos volúmenes de descripciones; muchos diseños de las plantas más notables hechos de mis propias manos; semillas, cortezas de las útiles; algunos minerales; el material necesario para formar la carta geográfica del Virreinato; los necesarios para la botánica, para la zoográfica, los perfiles de los Andes, la altura geométrica de las montañas más célebres; más de mil quinientas alturas de los diferentes pueblos y montañas, deducidas barométricamente; un número prodigioso de observaciones meteorológicas, dos volúmenes de observaciones astronómicas y magnéticas; algunos animales y aves. Con este material contenido en diez y seis cargas, me presenté a Mutis» (1) ...

El pacificador Morillo ordenó que todos los papeles, herbario, láminas, etc., pertenecientes a la Expedición, fuesen remitidos a Madrid. La orden de los documentos se conserva en el Archivo Nacional de Bogotá.

En el «Jardín Botánico de Madrid, pues, aparte de 6.849 dibujos ordenados, catalogados y dispuestos en 44 carpetas grandes, existen muchos manuscritos sueltos que comprenden unos 4.000 folios, es decir, diarios, descripciones, apuntes y observaciones que no forman cuerpo, como dice muy bien Colmeiro (2); un considerable herbario, con otras colecciones accesorias, como

(1) Informe de Caldas al secretario del Virreinato, 1808.

(2) Colmeiro: «La Botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana»; 1858.

dibujos al óleo, en los que se han pintado varios mamíferos, aves y peces colombianos. Diez y siete años trabajó en Bogotá la Expedición, los que sumados a los ocho de Mariquita, son cinco lustros de constantes vigiliias sin concluir su compromiso, o sea la publicación de la célebre Flora de Nueva Granada o de Bogotá (1).

Cuando Morillo y su teniente Enrile (2) establecieron el llamado «Régimen del Terror» y fundaron el cruel «Tribunal de Sangre», los colombianos más conspicuos, principiando por Camilo Torres y el conde de Casa Valencia, cayeron bajo la cuchilla del verdugo implacable. El día 29 de octubre de 1816, fue pasado por las armas, en la plaza de San Francisco, de Bogotá, el sabio Caldas. «La ciencia, decía Zea, le estaba consagrando un monumento, cuando el bárbaro levantó el cadalso.» El ilustre colombiano había dirigido una patética comunicación a Enrile, pidiéndole le conservara la vida para concluir algunos trabajos científicos, que tenía en preparación; pero el tristemente célebre jefe español no accedió, diciendo: «España no necesita de sabios.» Caldas salió para el cadalso del Colegio del Rosario y «cuentan que durante su prisión (refiere esto Vergara y Vergara en su *Historia de la Literatura*), tomó un carbón extinto de una fogata de la guardia y escribió en la pared una O larga y negra, partida, que sus compañeros de martirio leyeron de corrido, al pasar, días después, cuando recorrían el mismo camino mortal. Hasta el último momento tuvo ingenio y poesía, aun

(1) A. Federico Gredilla: «Biografía de José Celestino Mutis»; 1911.

(2) Don Pascual Enrile, teniente general de los Ejércitos españoles, segundo de Morillo en Colombia y marqués de Casa Enrile, según su biografía impresa en Ubeda, en la imprenta de Martínez Montero, en 1887.

para escribir aquella lacónica, triste, resignada y misteriosa despedida a la vida y a la ciencia, que era su verdadera vida.»

El cadáver de Caldas fue sepultado en la iglesia de la Veracruz (hoy san Pablo), de Bogotá. Fueron exhumados sus restos en 1904, y hoy descansan en el templo de san José de Popayán, su ciudad natal. Sobre la puerta de la casa en que habitó Caldas en Bogotá (carrera 8.<sup>a</sup> número 163), se colocó hace algunos años una lápida de mármol blanco con una inscripción (1). La ley 14 de 1880, honró su memoria y dispuso la erección de una estatua fundida en bronce en la plaza principal de Popayán. Con motivo del centenario de la Independencia colombiana (1910), una plaza de Bogotá, la mayor de Popayán y la de Manizales, se honraron con la misma estatua de Caldas, en bronce.

Mutis fue el verdadero iniciador de la cultura que legítimamente orgullosa hoy ostenta la República de Colombia, formando pléyades insignes de matemáticos y astrónomos, físicos y botánicos, uno de los cuales, el discípulo predilecto, Francisco José de Caldas, se expresaba de esta manera: «¡Oh, Dios!; qué presente tan grande hicisteis a la América cuando arrojasteis a nuestro continente al generoso Mutis!... Merecemos el anatema de todo el universo, si el nombre augusto de Mutis se separa en adelante de nuestros labios, si no le fijamos en todos los lugares, si su imagen respetable no se ve sobre el mármol y el bronce en todas las ciudades, en todos los colegios, en todas las plazas de nuestra América... ¡Quién pudiera ir de nación en nación a publicar una generosidad de que no tenemos ejemplo en la historia!»

A Caldas, en su proverbial modestia, absorto en la confrontación de problemas científicos, no se le pasó por la imaginación hacer cosa extraordinaria y sublime

(1) Henao y Arrubla, ob. cit.

a favor de la guerra; él no fue un guerrero, ni se le ocurrió haber asestado golpe mortal a la férrea contextura monárquica, ni mucho menos pensó haber cortado para siempre el hilo de sus investigaciones, de su felicidad, de su alegría. Antes bien, tranquilo y confiado en la rectitud y en la justicia de los hombres, se entregaba a sus habituales labores y a sus sorprendentes descubrimientos. Empero, de nada le sirvió comprobar su neutralidad y demostrar su inocencia: el entonces vencedor, impasible, rencoroso y cruel, ordenó su muerte.

Caldas fue un gran escritor, fue también uno de nuestros primeros periodistas.

«Es una lástima que nuestros ingenios busquen su inspiración en temas exóticos, o imiten a escritores forasteros, o sigan las huellas de literaturas que no corresponden a nuestros ideales como nación. En los arcanos de nuestra historia, en el suelo virgen de nuestras tradiciones nacionales, en nuestra estupenda naturaleza, que nutrió el cerebro de Caldas, en la aspiración común por ser pueblo de ideales cuando nos amenazan los apetitos organizados de naciones de mercaderes, tenemos oro y laurel para las coronas de las frentes pensadoras. El Semanario del Nuevo Reino de Granada, de Caldas, fue todo eso; pero, por desgracia, no ha tenido imitadores» (1).

La palabra patria, en su más acertado y noble concepto, no se refiere al territorio, a montañas y llanuras encerradas entre fronteras, ni al conjunto o conglomerado de sus pobladores; son sus esfuerzos por fundarla, las hazañas, las glorias, las virtudes de sus hijos: esto es lo que constituye la patria, patria grande, donde ha habido grandes hazañas, hechos heroicos, aun cuando pequeño el territorio; hijos ilustres, aun cuando los siglos hayan arrojado sobre ella reveses, miserias y desventuras.

(1) Diego Mendoza, ob. cit.

Por eso en Colombia, donde todos pensamos así, el homenaje de S. M. el Rey, EL PRIMER CABALLERO DE LA RAZA, el homenaje de España a un colombiano de los merecimientos de Francisco José de Caldas, doblemente simpático por sabio y por mártir, ha tenido que recibirse con el más grande entusiasmo y la más sincera gratitud. Es un homenaje que realiza un acto de justicia estricta para con la memoria de un hombre de ciencia que supo dar día de gloria a nuestra raza española, y por lo mismo tiene que llegar muy hondo en los pechos colombianos, a lo más profundo de nuestra alma ...

J. M. PEREZ SARMIENTO  
C. de la Real Academia Española de la Historia.  
De las Academias Nacionales de Historia  
de Colombia y de Venezuela.

(De *Hispania*).

## LA TALA DE LOS ARBOLES

Hace tres o cuatro años, de manera súbita, sin que nadie supiese por qué, sin razón ostensible ninguna, unos cuantos hombres, armados de terribles y cortadoras hachas, empezaron a destruir los árboles del Parque del Centenario, frente al Salón Olympia. Crujieron a su filo primero, como exhalando un suspiro, las más débiles, airosas y enhiestas ramas; lanzaron después un grito de angustia las más verdes y vigorosas, con los brazos extendidos en el aire, como implorando misericordia, y por último fueron cayendo a trozos los viejos troncos, ya despojados de su corteza.

La monomanía de los arboricidas, es decir, de los asesinos de árboles, es una enfermedad como cualquiera otra: como la de los que en la herida recién abierta beben con deleite sangre de mujer en las ánforas del